

da, un ejército de voluntarios, con la escarapela tricolor, entró en Nimes gritando: «¡Viva la nación!»

Entonces los electores obraron. Rápidamente se formó un comité militar dirigido por un capitán de artillería y acordaron ir al arsenal á buscar cañones.

El arsenal tenía dos entradas; por la calle y por la galería del cuartel del regimiento de Guienne.

Los malvados oficiales les dijeron: «Pasad por la calle.» Allí fueron acribillados á tiros. Volvieron al cuartel, y entonces los oficiales, viendo que sus soldados iban á volverse contra ellos, entregaron los cañones.

La torre donde Froment se había refugiado fué batida, y entonces aquel hombre audaz, hasta el último momento, envió una curiosa misiva, en la que ofrecía... «olvidar.» Todos pidieron, al ver esto, la muerte de los sitiados.

Se les quiso salvar, pero ellos mismos se perdieron disparando cuando estaban parlamentando. Después del asalto fueron perseguidos y asesinados, despedazados.

Durante dos y tres días fueron buscados y castigados, ó al menos con este pretexto se saciaron muchos antiguos odios.

El convento de los Capuchinos, almacén de folletos y centro de la conjuración, fué asaltado y murieron cuantos en él estaban.

Lo mismo ocurrió con una taberna célebre, cuartel general de los clericales; allí fueron encontrados ocultos dos magistrados municipales.

Durante todo este tiempo los dos partidos se fusilaban en medio de las calles ó desde las ventanas. Los salvajes católicos de Cévennes no perdonaban á nadie; hubo trescientos muertos en tres días.

En cambio ninguna iglesia fué saqueada, ni insultada ninguna mujer, permaneciendo los austeros y luchadores protestantes en su furor mismo. No se les hubiera ocurrido nunca, como á los clericales de 1815, matar las jóvenes con un bastón adornado con flores de lís.

Hubiera sido curioso, y lo fué, que este cruel suceso de Nimes, pérfidamente arreglado por la contrarrevolución, sirviera en defensa suya. El jabalí cazando al cazador.

En el momento de la ejecución les faltó todo á los clericales.

Contaban con Montpellier. El comandante no se atrevió á ir. Fué, en cambio, la guardia nacional, brava y patriota, base futura de la legión de la victoria, la 32.^a media brigada.

Contaban con Arlés. En efecto, Arlés ofreció socorros, pero fué para destrozarse el partido de la contrarrevolución.

En Pont-Saint-Esprit fueron detenidos los enviados de Froment.

Llamad, llamad á los católicos del Ródano. Intentad hacer creer que con todo esto vuestra religión está en peligro. Todos saben que se trata de la patria.

Todo el Ródano católico se declara contra vosotros y se torna más revolucionario que los protestantes. Vuestra sede del Ródano, la Roma chiquita del Papa, Avignon, estalla contra vosotros.

¡Avignon! ¿Cómo hubiera podido jamás olvidar Francia este diamante de su diadema?... ¡Oh, Vancluse! ¡Oh, puro, eterno recuerdo de Petrarca, noble asilo del gran italiano que murió de amor por Francia, símbolo adorado del futuro enlace de dos enamorados, ¿cómo habíais caído en las abotargadas manos del Papa?... Por dinero, por la absolución de un asesinato, una mujer vendió á Avignon y á Vancluse (1348).

Avignon, sin pedir consejo ni permiso, había constituido, como toda Francia, una milicia nacional y una municipalidad.

El 10 de Junio, cuantos nobles y amigos del Papa había allí dueños del municipio y de cuatro cañones, gritaban: «¡Viva la aristocracia!» Hubo treinta personas entre muertos y heridos.

Entonces el pueblo, iracundo, se lanzó seriamente al combate, muriendo muchos de ellos y dejando veintidós prisioneros. Todas las municipalidades inmediatas, Orange, Bagnols, Pont-Saint-Esprit, acudieron á socorrer Avignon y á librar los prisioneros. Los arrancaron de manos de los vencedores y se encargaron de guardarles.

El 11 de Junio fueron quemadas las armas de Roma y puestos en su lugar los escudos de Francia.

Avignon fué á la barra de la Asamblea nacional y allí se entregó á su verdadera patria, pronunciando esta gran frase, testamento del genio romano: «Franceses, reinad sobre el universo.»

Estudiemos mejor las causas. Completemos y expliquemos más este rápido drama.

Para hacer una guerra religiosa es preciso ser religioso. El clero no era bastante creyente para fanatizar al pueblo.

No era tampoco muy político. Aquel año mismo de 1790, en que tanta necesidad había del pueblo, soldado aquí y allá y en todas partes, el clero le pide todavía que pague el diezmo abolido por la Asamblea.

En muchos lugares, especialmente en el Norte, hubo sublevaciones contra el clero por este malhadado diezmo, que era odioso al pueblo y que no podía pagar además.

Aquel clero aristocrático, sin inteligencia, sin fuerzas morales, creyó que bastaba á su propósito con un poco de dinero, con algún vino y con la violencia del clima. Hubiera debido comprender que para rehacer el fanatismo necesitaba tiempo, paciencia, obscuridad, un país menos vigilado y alejado de los caminos y de las grandes ciudades.

Podían, en buen hora, trabajar lentamente en el Bocage vendeano; pero obrar en plena luz, bajo el hermoso sol del Mediodía, bajo la mirada inquieta de los protestantes, en la vecindad de grandes centros como Burdeos, Marsella, Montpellier, que viéndolo todo podían al menor alboroto ir, marchar sobre la hoguera apenas encendida... esto era un juego de niños.

Froment hizo cuanto pudo. Demostró mucha audacia y decisión, pero fué abandonado (1).

Lanzó el grito de sedición en el verdadero momento, viendo que la actitud de Avignon iba á ser secundada por Nimes, creyendo, como buen bravo, que los dudosos y los tímidos que hasta entonces no se atrevían á declararse francamente por él tomarían su partido cuando le vieran comprometido, creyendo que no podrían contemplar con sangre fría su vencimiento y aun su muerte.

La municipalidad, compuesta toda por la burguesía católica, fué prudente; no se atrevió á requerir al comandante de la provincia.

La nobleza fué prudente. El comandante y los oficiales en general no quisieron hacer nada sin previo y legal llamamiento del municipio.

No es que faltase valor á los oficiales; era que no estaban seguros de sus soldados. Para dar una orden á la que acaso se hubiese respondido á tiros, para hacer este peligroso experimento, era preciso el previo sacrificio de la vida... ¿Sacrificarla?... ¿Por qué idea?, ¿por qué fe?... La mayoría de la nobleza, realista y aristócrata, era á la vez filósofa y volteriana; es decir, estaba de medio lado conquistada por las nuevas ideas.

La Revolución, cada vez más armónica y concordante, aparecía por momentos como lo que era; una religión. Y la contrarrevolución, disidente, discordante, aferrada en vano á la vieja fe, no es una religión.

Ninguna unión, ningún principio fijo. Su resistencia es vaga en muchos sentidos á la vez. Va como un borracho hacia la derecha y hacia la izquierda.

El rey es partidario del clero y se niega á recibir y apoyar la protesta del clero. El clero paga y arma al pueblo y le pide el diezmo. La nobleza y los oficiales esperan la orden de la junta de Turín y al mismo tiempo las de las autoridades revolucionarias.

Algo falta á todos para hacer su acción sencilla y fuerte; algo que precisamente abunda en el otro partido: la fe.

El otro partido es Francia; tiene fe en la ley nueva, en la autoridad legítima, en la Asamblea, verdadera voz de la nación.

En este lado todo es luz. En el otro todo es equívoco, incertidumbre y tinieblas.

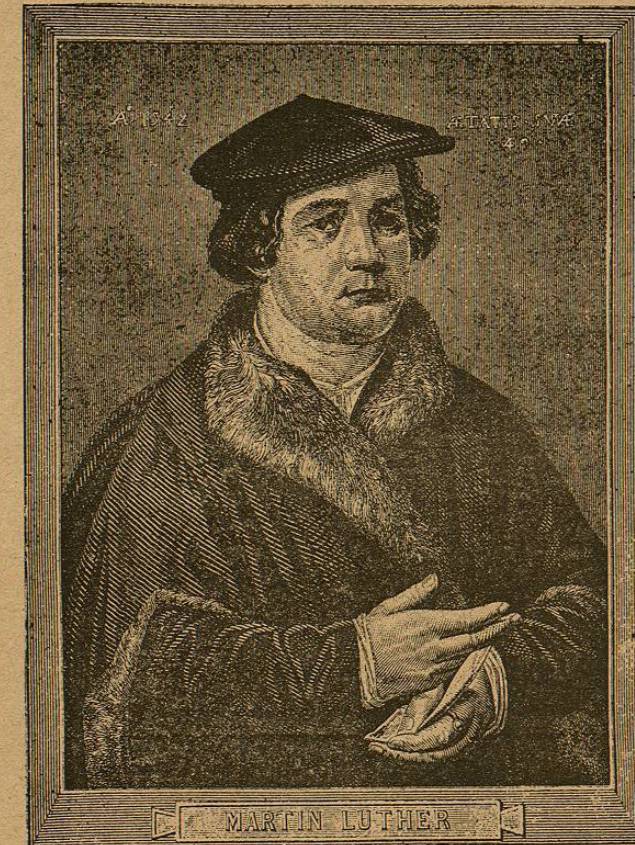
¿Cómo dudar? Unidos todos, el soldado y el ciudadano, bajo su bandera, marchan con paso firme.

De Abril á Junio casi todos los regimientos fraternizan con el pueblo. En Córcega, en Caen, en Brest, en Montpellier, en Valence, como

(1) Froment escapó á la muerte. Por poco adicto que sea uno al hombre y al partido es imposible dejar de interesarse por su suerte. Honrado y ennoblecido por el conde de Artois y por los emigrados, es olvidado y negado en 1816!... Fueron destruidos por todas partes con exquisito cuidado los folletos que había publicado, así como el proceso del antiguo servidor contra un dueño ingrato y sin corazón. Después del proceso le fué negada la miserable pensión que para comer recibía. Y esto, después de treinta años de servicios gratuitos, queriendo que el hombre arruinado, lleno de deudas y consumido por él, muriera en el rincón de una pocilga.—Los folletos de Froment demuestran la ingratitud de los reyes.

en Montauban, como en Nimes, el soldado se declara por el pueblo y por la ley. Los pocos oficiales que se resisten son muertos y se les encuentran las pruebas de su inteligencia con la emigración.

Las ciudades del Mediodía no se duermen; Briançon, Montpellier, Valence y al fin la gran Marsella, quieren guardarse y defenderse ellas



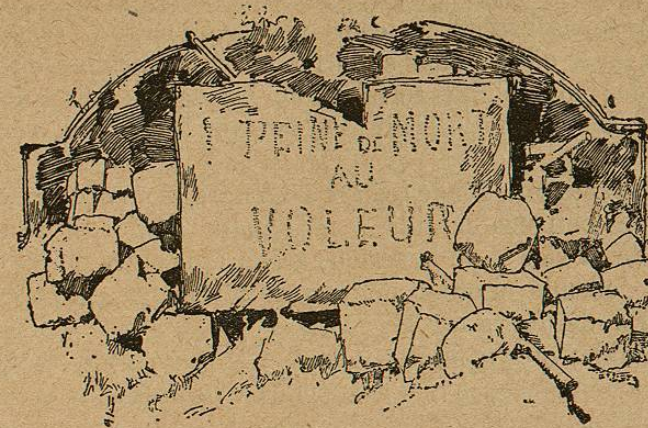
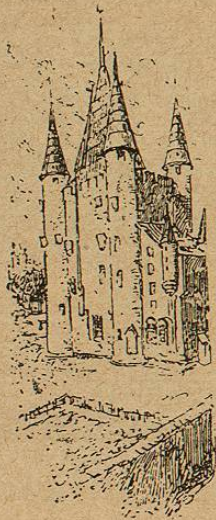
LUTERO (Grabado de la época)

mismas; se apoderan de sus ciudadelas y las llenan con sus ciudadanos. ¡Vengan ahora, si quieren, el emigrado y el extranjero!

¡Una Francia, una fe, un juramento!... Ni un hombre dudoso. Quien lo sea que abandone la tierra de la legalidad, que pase el Rhin, que pase los Alpes.

El rey mismo comprende bien que su mejor espada, Bouillé, concluirá por encontrarse solo si no jura como los demás. El enemigo de las federaciones, que separaba al ejército del pueblo, se ve obligado á ceder.

Pueblo y soldados, unidos de corazón, asisten á este gran espectáculo. El inflexible va á ceder. El rey lo manda y Bouillé obedece. Avanza entre ellos triste y sombrío, y sobre su espada realista jura fidelidad á la Revolución.



CAPITULO X

**Del nuevo principio.—Organización espontánea de Francia
(Julio de 1789.—Julio de 1790)**

La ley era respetada en todas partes por acción espontánea.—Obscuridad y desorden del antiguo régimen.—El orden nuevo se crea á sí mismo.—Los nuevos poderes nacen del movimiento de la libertad conquistada y de la defensa.—Asociaciones interiores y exteriores que preparan las municipalidades y los departamentos.—La Asamblea crea trescientos mil magistrados departamentales, municipales y judiciales.—Educación del pueblo por las funciones públicas.

He contado detallada y largamente las resistencias del viejo principio, Parlamentos, nobleza y clero, y voy en pocas palabras á inaugurar el principio nuevo, á exponer brevemente el hecho inmenso donde estas resistencias vinieron á perderse y anularse.

Este hecho, admirablemente sencillo en una variedad infinita, es *la organización espontánea de Francia*.

Aquí está la historia, lo real, lo positivo, lo durable. Lo demás es una nonada.

Y sin embargo, ha sido preciso contar largamente esta nonada.

El mal, precisamente porque es una excepción, una irregularidad, exige, para ser comprendido, un minucioso detalle. El bien, al contrario; lo natural no es casi conocido de antemano por su conformidad con las leyes de nuestra naturaleza, por la imagen eterna del bien que llevamos dentro de nosotros.

Las fuentes de donde sacamos la historia han conservado precisamente lo menos digno de ser conservado, el elemento negativo, accidental, la anécdota individual, tal ó cual intriga pequeña, tal acto de violencia.

Los grandes hechos nacionales de esta época se han realizado por fuerzas inmensas, invencibles, y por esto mismo de ningún modo violentas; han atraído poco las miradas y han pasado inadvertidas.